

## Nos llamó a vivir en profundidad

Conocí al Padre Adolfo Nicolás en la Congregación de Procuradores de 1987. Era entonces director del East Asian Pastoral Institute de Manila, que ejercía un gran influjo en la formación pastoral de sacerdotes y religiosas de Asia Oriental y Pacífico.

En la CG 34, de la que fue secretario, pude apreciar la claridad y precisión con que percibía rápidamente las cuestiones en debate y la agilidad y elegancia con que llevaba las discusiones. En su etapa de Moderador de la Conferencia de Superiores mayores de Asia Oriental y Pacífico, seguí desde la Curia su labor, comprobando la buena relación que creó con todos ellos y cómo los fue sensibilizando a la cooperación inter y supraprovincial. Trabajamos juntos después en la Comisión Jurídica preparatoria de la CG 35, en la que participó muy activamente, respondiendo siempre con prontitud a los diversos pasos de la elaboración de los documentos. Se trabajaba muy a gusto con él.

Su elección como General, con cierta sorpresa por su edad ya avanzada (la más alta entre sus predecesores, junto con el P. Luigi Fortis) se produjo con gran consolación de los electores, que inundó inmediatamente la Curia y de ahí reboseó a toda la Compañía. Teníamos al frente a un misionero de primera línea, con una rica experiencia intercultural y dilatadas perspectivas universales. A quienes oímos su homilía en la Iglesia del Gesú, al día siguiente de su elección, nos impresionaron fuertemente sus palabras: “En este momento de nuestra historia el punto que debemos discernir es dónde debemos poner nuestra atención, nuestro servicio, nuestras energías. O, con otras palabras, cuál es el color, el tono, la imagen de la salvación para tantos y tantos que tienen necesidad de ella, para tantas ‘naciones’ humanas, no geográficas, que todavía reclaman salvación. Abrirse a esta realidad es el desafío de este momento”.

Este fue, seguramente, el hilo conductor de todo su generalato. Por eso, nos confrontó desde el primer momento, amable pero radicalmente, con el carácter universal de nuestra vocación y sus exigencias; nos llamó reiteradamente a vivir en profundidad y con afán de excelencia en nuestro servicio, evitando distracciones que disipan y dispersan; invitó *suaviter et fortiter* a Superiores mayores y locales y directores de obras apostólicas a evaluar permanentemente su propio funcionamiento y el grado de validez de las instituciones, ofreciendo pautas concretas para ello; promovió la agrupación de Provincias y Regiones en vista de un mayor y mejor servicio apostólico; y él mismo se empeñó con ahínco en mejorar los procesos de discernimiento y decisión en el gobierno general. Todo para responder a aquel “desafío”.

El anuncio de su renuncia nos produjo pena, por él y por nosotros – había roturado tantos campos con la esperanza de seguir cultivándolos -. y, al mismo tiempo, un gran agradecimiento a él y al Señor, que, por su medio, nos había hecho tanto bien.

Urbano Valero, SJ  
España